

No creais, sin embargo, que consiste la suma perfección en desechar aquellos rasgos secundarios, cuya pintura localiza las obras é individualiza los personajes. Por el contrario, prescindir de tales elementos, es lo más opuesto que puede haber á la índole de la obra poética. De ese vicio adolece el teatro clásico francés, y muy particularmente la tragedia del siglo pasado, donde cada personaje es una abstracción sin realidad, una sombra sin vida, una máquina destinada á elaborar máximas generales en alejandrinos pareados. Idealismo incoloro, inodoro é insípido.

Por el contrario pecan muchas obras contemporáneas, que solo pintan la verdad transitoria, la realidad efímera, el aluvión movedizo de costumbres nacidas ayer para morir mañana, la superficie deleznable del hombre social, tal como se presenta en un instante del tiempo y en un punto del espacio. A primera vista, los personajes parecen vivos; pero tocadlos con los nudillos, y suenan á hueco. ¡Realismo insustancial, tan falso como el idealismo impalpable!

Huid de ambos sistemas, ó más bien fundidlos en uno. El verdadero artista utiliza en su cuadro todos los matices, todas las líneas, todos los accidentes que pueden dar bulto, movimiento y carácter individual á cada figura. Pero al hacerlo, cuida de subordinar lo accidental á lo esencial, lo secundario á lo principal, lo transitorio á lo eterno. Eso hace Shakespeare. Todos sus personajes llevan en la frente el sello del tiempo y del lugar en que respectivamente nacieron; pero esa marca va impresa en sustancia imperecedera. Cada figura es una moneda acuñada en distinto troquel; pero todas son de oro, y por eso siempre tienen curso en la plaza.

Shakespeare es el poeta que ha combinado en mayores dosis lo ideal y lo real. Cualquier personaje suyo es un hombre, y además es el hombre. Cada uno contiene todos los elementos de nuestro ser en proporciones distintas.

En este predomina la ambición, en aquel el amor, en el otro el odio; pero cada cual es un sistema completo donde, en torno de la pasión central y dominante, gravitan á diversas distancias y giran con diferente rapidez otras pasiones secundarias, de cuya mútua atracción resulta el equilibrio del conjunto, el carácter del personaje.

En esto consiste la superioridad de Shakespeare; en la pintura de caracteres.

Sus figuras son verdaderos hombres de carne y hueso que viven, piensan, hablan, aman, odian, gozan y padecen como todos, y más que todos: iguales á nosotros en naturaleza; superiores en magnitud.

El genio del poeta inglés es un lente que aumenta los objetos sin desfigurarlos. Mirados por

él los átomos, se convierten en astros; á eso se reduce todo.

Astros de purísima luz son, en efecto, Julieta, Desdémona, Ofelia, Cornelia, Miranda. Astros también Yago, Macbeth y Ricardo III: astros negros que irradian tinieblas.

Pero, benéficos ó malignos, sus héroes son de una sola pieza, aunque no de una sola sustancia.

Ved á Otelo: el mismo es cuando acaricia á Desdémona, que cuando ruge de celos; el mismo cuando maltrata á Yago, que cuando obedece á sus consejos: ánimo violento, y como violento débil.

La unidad sin monotonía, y la variedad sin confusión. Estos son los caracteres distintivos del arte de Shakespeare.

FEDERICO BALART.

NOTAS É IMPRESIONES

No grites; esfuérzate en hablar correcta y sencillamente, sin decir mas ni menos de lo que quieras y debas decir. Para esto, no hablarás nunca con precipitación.

No aspire á la gloria; porque ¿quién la dispensa? el público. ¿Qué elementos componen el público? en general personas intelectualmente atrasadas, de quienes individualmente no aceptarías juicio alguno. Si los muchos juicios son malos ¿cómo ha de ser bueno el juicio resultante de los malos juicios?

Pregunta á todos los hombres que han alcanzado glorias: ¿Disfrutais ahora? La melancolía les posee.

Procura que sepa tu nombre la menor cantidad de gente posible.

Nunca hagas alarde de conocimientos que no poseas; no niegues que ignoras; porque ¿acaso pretendes saberlo todo?

Los amigos sirven para cuando no los necesitas; guárdate de ponerlos á prueba.

El mas sabio, el mas poderoso, el mas fuerte, midan sus fuerzas y se sentirán desfallecer.

En vida casi nunca podemos recibir consuelo de aquel que nos lo ofrece.

Obra siempre como si tuvieses que ser juzgado inmediatamente.

No te obstines en convencer á los tontos, porque sería fácil que tu obstinación llegase á la locura.

Sé minucioso. El que cuida el detalle cuida el conjunto.

No des tu fallo cuando estés apasionado, sino cuando estés sereno; piensa que hasta tu enemigo merece tu imparcialidad.

NOMEN.

MISCELÁNEA

El *Precurseur d' Anvers* publica el siguiente despacho del aeronauta Lhoste que sin desalentarse continúa en sus tentativas de atravesar el Canal de la Mancha en globo:

«Salí el domingo á las seis y media de la tarde de la plaza de armas de Calais, y fuí arrastrado rápidamente hácia el Norte. A las ocho y media distinguí claramente las costas de Inglaterra.

A eso de las diez me rodearon espesas nubes impidiéndome reconocer el camino que seguía.

A las once me sorprendió una violenta tempestad que soplabá por el lado del Oeste: una lluvia torrencial cayó sobre el globo y me precipitó hácia el mar

Arrojando lastre conseguí sostenerme lo bastante para poder alcanzar una isla que veía delante de mí. La bajada fué muy rápida. Caí primeramente sobre la copa de unos árboles y enseguida fuí arrastrado hácia una vía férrea y tuve apenas tiempo para sacar la barquilla de los rails y evitar que me aplastara el exprés de Rotterdam, que pasó ante mis ojos con velocidad extraordinaria.—*P. Lhoste.*»

Desde los primeros siglos el pantalón ha sufrido no pocas modificaciones antes de llegar á la forma actual. Las calzas y calzones se derivan del pantalón, que, abandonado á veces, puesto en moda y rechazado nuevamente, ha acabado por triunfar de un modo definitivo.

En los primeros tiempos de la restauración francesa, el príncipe de Talleyrand, de vuelta del Congreso de Viena, se encontró en la antecámara de Luis XVIII con el duque de C... hombre de maneras en extremo distinguidas. El diplomático y el duque llevaban calzón corto, medias de seda y zapatos con altos tacones,

—Traigo á su majestad una gran noticia,—dijo al duque de C..., el embajador en el Congreso de Viena.—Noches atrás se presentó en el teatro de la Opera el marqués de R... de frac y corbata blanca. Esto anuncia decididamente revolución. El último régimen va á desaparecer, y dentro de po-

co no se reirá nadie de nuestros diplomáticos residentes en el extranjero.

El duque, que no comprendió la alusión del príncipe de Talleyrand, hizo un gesto de sorpresa.

—Es indudable—repuso el príncipe—que hasta ahora, tanto en Viena como en Berlín y en Madrid, se han reido de las pantorrillas de nuestros ministros y de nuestros encargados de negocios; pero en lo sucesivo, el pantalón salvará las formas de la diplomacia.

El duque de C... no era diplomático, mas no por eso dejaba de tener unas pantorrillas sumamente delgadas.

—¡Mejor que mejor!—exclamó:—tampoco el rey se reirá en adelante de mis pantorrillas. ¡Vivan los pantalones!

Desde aquel momento fué adoptada la moda del pantalón, que no sin trabajo logró sobreponerse á lo de los calzones.

Los elegantes de formas poco salientes se apresuraron á adoptar el pantalón, lo cual hizo exclamar á un festivo autor dramático:

—¡Ya no hay pantorrillas! ¡La revolución lo ha destruido todo!

En tiempos del imperio, se trató de introducir el uso del pantalón, en reemplazo del calzón de punto. Pero la nobleza y la clase media se mostraron hostiles á este cambio, y pusieron en moda el calzón corto, que recordaba el antiguo régimen.

Luis XVIII, á quien sus enfermedades obligaban á usar un pantalón de una forma especial, con largas polainas, se hizo partidario de la nueva moda, pero no sucedió lo mismo con respecto á la corte. Los príncipes se negaron á adoptarla.

Cuando el hermano de Luis XVIII subió al trono, el uso del pantalón se popularizó con extraordinaria rapidez, y las tropas fueron provistas de dicha prenda.

En la revolución de Julio, el calzón desapareció por completo. El monarca francés dió el ejemplo, y la moda se generalizó en todo Europa.

El director de una Sociedad de crédito, célebre por la escasez de conciencia, encomiaba ante un accionista entusiasta las maravillas de un nuevo negocio.

Tratábase de una mina de cualquier metal precioso, situada en una comarca lejana, de la cual no se había oído hablar nunca.

—¡Está bien!—replicó el accionista;—pero diga usted una cosa: existe eso, al menos?

—¿Qué?... ¿la mina?

—No... la comarca.